

## Vaciamiento: sujetos, espacio-tiempo, objetos

Georg Simmel —se puede sostener, el primer analista de la modernidad, y el más penetrante— fue sociólogo del tiempo no menos que del espacio. No sólo analizó la relación entre sujetos y objetos que circulan cada vez más rápido, sino que trabajó sobre la relación recíproca entre sujetos comprometidos en una circulación siempre más veloz (1950). Simmel contrapuso esas interacciones sujeto-sujeto de la modernidad a las que se conocían en las sociedades tradicionales. En la modernidad, las interacciones son pasajeras, intensas y diversas (quiere decir con esto: con muchos y muy diferentes otros), mientras que en las sociedades tradicionales son de larga duración, difusas y uniformes (se hacen con otros que son pocos, muy similares; véase Needelmann, 1988). Esta circulación moderna simmeliana de sujetos, que se hacía por ferrocarril o caminando por las metrópolis, ha subido varios peldaños en la era posmoderna de los viajes aéreos masivos y las supercarreteras interconectadas. Ya eran efímeras las relaciones en la era del capitalismo de organización; hoy lo son mucho más. En lo posmoderno, que también en esto lleva al extremo lo ya presente en la modernidad, no sólo los objetos: también los sujetos parece que se vacían de sentido.

La tesis de la economía política posmoderna postula una circulación cada vez más rápida de sujetos y objetos. Pero también el «vaciamiento» de los objetos. Para Giddens (1984, 1990), la modernización es un proceso de «distanciamiento espaciotemporal» donde tiempo y espacio «se vacían», se hacen más abstractos, mientras las personas «se desarraigan» de un espacio y un tiempo concretos. Por ejemplo, la gran ciudad de casas numeradas, con su traza de bulevares y su estructura en damero, donde la calle principal tiene

sus Benetton, McDonald y Next, es más abstracta, está más vaciada que la ciudad premoderna de calles ondulantes y casas sin numerar. En la ciudad premoderna, las calles no eran espacios destinados al tránsito, sino espacios para vivir (Mumford, 1960). La teoría de la modernización de Giddens, que invoca el proceso de distanciamiento espaciotemporal, parece constituir una rama nueva en la teoría de la modernización, opuesta a variantes neo-darwinianas anteriores que, desde Spencer hasta Habermas pasando por Parsons, entendían la modernización ante todo como un proceso de diferenciación estructural e integración funcional. No obstante, este paradigma novedoso es visible ya en Durkheim y Mauss, con su línea de descendencia desde las sociedades tribales hasta las modernas, que recorre un proceso similar de desarraigo y vaciamiento. Para Durkheim, y sobre todo para Mauss, en la modernización se vacían justamente las categorías según las cuales las personas clasifican el mundo. Y señalan ellos también un proceso de desarraigo espaciotemporal. Por ejemplo, el tiempo se moderniza por un camino que lo trae hasta el tiempo moderno calculable, desde su marcación particularista en los ritmos estacionales de las sociedades tribales, tras hacer estación en el horóscopo chino que marca su tiempo con símbolos animales.

Tiempo y espacio se tuvieron que vaciar en efecto, y hacerse cada vez más abstractos, por aquella circulación de sujetos y de objetos descrita en la economía política de Marx y de los pos-marxistas. Ese éter espaciotemporal se tuvo que hacer abstracto para que los mercados «se estiraran» por todo un espacio nacional e internacional, pero también se tuvieron que hacer abstractos los objetos que en él circulaban. Estos objetos se fueron vaciando de sentido, de carga emotiva, durante el largo proceso de modernización que ya lleva varios siglos. Baudrillard sostiene que la «crisis del objeto» en el capitalismo no se desató con la dominación del valor de cambio, sino que ya estaba presente con el valor de uso (1981). Esto sugiere que el sentido ya se había desarraigado en gran medida con la dominación del valor de uso. En el intercambio simbólico de las sociedades tradicionales —el intercambio de dones según Mauss—, el objeto de cambio estaba en cierto modo «poblado» por dioses y demonios, por las relaciones sociales y políticas de la sociedad. Cuando la utilidad domina y el funcionalismo del objeto (la arquitectura modernista comparte esta característica con el valor de uso de Marx) prevalece sobre su significación simbólica, los símbolos particularistas ya se han desarraigado del objeto.

Se equivocaba Marx, en este sentido, cuando caracterizaba el valor de uso como particular y concreto, y el valor de cambio, como

general y abstracto. Ya el valor de uso era abstracto, ya era general, cuantificable, como se lo ve enseguida en las teorías de la utilidad marginal y en las grillas de preferencias de los teóricos de las elecciones racionales (Coleman, 1990). Para Baudrillard, el valor de cambio es un simulacro del valor de uso si por simulacro se entiende una copia sin original. El valor de cambio es entonces una copia del valor de uso. Pero tan pronto como un objeto se calificó ante todo por su valor de uso, perdió ya su sentido, su fundamento concreto y particular. El valor de uso no es un «original» en ningún sentido sustancial.

Pero el «valor de signo» posmoderno es todavía más abstracto que el valor de cambio modernista. Como dice Baudrillard, es «simulacro de un simulacro». Si el valor de cambio depende ya de la calculabilidad del valor de un objeto en unidades cuantificables de precio, o utilidad general (cf. Simmel, 1990), el valor de signo rompe incluso con esa posibilidad de cálculo en una especie de absorción «sin salida» en la imagen asociada con un objeto. El valor de signo remueve los últimos fundamentos que quedaban de un objeto que casi no tenía fundamentos. Elimina las últimas huellas de territorialización de un objeto ya en buena parte des-territorializado.

Ahora bien, no sólo de contenido simbólico están vaciados los objetos en las economías políticas contemporáneas. Poco a poco se vacían también de contenido material. Cada vez más se producen signos, no objetos materiales. Estos signos son de dos tipos principales. O tienen ante todo un contenido cognitivo, y son entonces bienes posindustriales o de información. O ante todo tienen un contenido estético, en la acepción amplia del término, y son principalmente bienes posmodernos (Eagleton, 1989). Esto no se aplica sólo a la proliferación de objetos no materiales que incluyen un sustancial componente estético (como la música pop, el cine, las revistas, los videos, etc.), sino también al acrecentado componente de valor de signo o de imagen en los objetos *materiales*. La estetización de los objetos materiales puede ocurrir en la producción o en la circulación y el consumo de esos bienes.

En la producción, el componente de diseño forma una proporción cada vez más grande del valor de los bienes. El proceso específico de la fuerza de trabajo pierde importancia en el aporte al valor agregado, y la adquiere, en cambio, el «valor de diseño». Se lo comprueba incluso en la producción industrial por la «intensidad de diseño» o de «investigación y desarrollo» (véase *infra*, el capítulo 5). Esta mayor intensidad de I&D suele ser, en considerable medida, de naturaleza estética, como en el caso de la ropa, los zapatos, los muebles, el diseño de los automóviles, etc. Además, los bienes co-

bran con frecuencia las propiedades de un valor de signo en el proceso de «identificación», en virtud del cual los encargados de la comercialización y la publicidad adhieren imágenes a bienes. Esto se suele conseguir por la «violencia simbólica» no de los productores sino de los servicios comerciales, pero también ocurre con la complicidad de productores y consumidores. El propio consumidor asume el papel de agente de estetización o identificación de marcas. Por ejemplo, el turista consume servicios y experiencias que él convierte en signos: hace un trabajo de transformación semiótica (Urry, 1990c). El turista estetiza, por así decir, objetos que originalmente no eran estéticos. Convierte referentes en significantes. Esa actividad del turista no es más que un aspecto de un trabajo semiótico del lado de la demanda que caracteriza lo que Featherstone denomina la estetización de la vida cotidiana contemporánea (1991).

Estamos, pues, ante el relato de una profusión al parecer indefinida de «odiseas espaciales», de sujetos y objetos que viajan a distancias y a velocidades cada vez mayores. Los objetos se vacían de sentido (y son posmodernos) y de contenido material (y son entonces posindustriales). Al mismo tiempo, también los sujetos se vacían, pierden profundidad, les falta afecto. Lo reproduce en espejo la teoría social reciente, un pos-estructuralismo que deconstruye sujetos y una teoría de las elecciones racionales que las reduce a un cálculo de unidades-actos con grillas de preferencias. El posmodernismo (como hipermodernismo) es en efecto la lógica cultural del capitalismo tardío.

En las sociedades premodernas, la clase dominante ejercía su hegemonía cultural por medio de sistemas de símbolos que rebosaban de sentidos, de contenidos, y los poblaban dioses y demonios. En las sociedades modernas, la dominación cultural se consumaba por medio de las ideologías, ya vaciadas —o abstractas—, del liberalismo, la igualdad, el progreso, la ciencia, etc. Y en el capitalismo posmoderno, la dominación se pone en práctica con una violencia simbólica aun más vaciada, más des-territorializada, de la que se han removido los mínimos cimientos. Esto se manifiesta en espacio, tiempo e ideología.

Con respecto al espacio, si la dominación modernista se concreta por el espacio ya vaciado, abstracto, codificado, de una gran ciudad a la que se imprime horizontalmente la grilla geométrica de sus calles en damero, y en la que el Estilo Internacional levanta verticalmente sus edificios, la dominación posmoderna se lleva a cabo destruyendo incluso esas grillas que eran los últimos puntos de orientación: resta un espacio donde la desorientación da vértigo (según el análisis de Jameson, 1984, y de D. Harvey, 1989).

Con respecto al tiempo: en las sociedades premodernas, un tiempo esencial se codifica en símbolos que tienen una carga emotiva. La dominación modernista opera en el tiempo con metarrelatos ya desarraigados: los de un progreso cuya causación reside en una subjetividad querencial, y en el cálculo cada vez más refinado del tiempo en la fábrica y en el ocio. La violencia simbólica posmoderna y del capitalismo tardío adviene con el nihilismo último que destruye aun los cimientos temporales que persistían y reduce el tiempo a una serie de sucesos desconectados y contingentes, que se muestran en el video pop y en el advenimiento de la «cultura de los tres minutos». El tiempo modernista se basa en un paradigma literario; el posmodernista, en cambio, como en un paradigma de video, donde los espacios de atención son breves y los sucesos saltan fuera del orden narrativo cuando se rebobina, se avanza en la cinta o se salta entre canales.

La dominación modernista, por último, recurre a la «ideología», a ideas que ya son abstractas (con relación a los símbolos, los dioses y demonios, etc., teñidos de emoción en la premodernidad), como las de la igualdad de oportunidades y el socialismo. Su violencia simbólica se consume por sentidos y funciones que reproducen a la clase dominante en lo social. La violencia simbólica posmoderna se concreta en formas que se caracterizan por su pobreza de sentido. Los medios adquieren más autonomía y poder frente a lo social. Persiguen sus propios intereses a la manera de un «campo» especializado, y en el campo social reproducen cada vez menos los intereses de la clase dominante. Champagne (1989), por ejemplo, intenta mostrar que los medios toman sucesos espectaculares de violencia y colorido cultural con el propósito principal de atraer espectadores. Esto introduce un cambio en la anterior actividad mediática modernista, que mostraba una parcialidad de clase en sus retratos, por ejemplo, de las huelgas. Champagne pone de manifiesto la existencia no de una parcialidad de clase sino de una «parcialidad mediática», donde los medios, como un campo cuasi autónomo y poderoso, trabajan en su propio interés. En el acto mismo en que operan como espectáculo, los medios privatizan la pobreza, la raza y otros problemas sociales, y contribuyen a la fragmentación y a la marginación comparativas de lo social (Balaczs, 1991).

En el capitalismo «moderno», la crítica era posible gracias al poder acumulado de la clase obrera o por la actividad de vanguardias estéticas, que traían sentidos desde un mundo otro, un mundo aparte, ideal. Este teatro era, para las vanguardias políticas, una utopía social. Para las vanguardias estéticas, se reflejaba en un mundo fantasmal de formas metafísicas, al que adherían, con su

aguda conciencia de la forma, personalidades como Picasso, Klee, Kandinsky, Franz Marc y Piet Mondrian. El problema está en que el «desgaste» de las vanguardias, estética y política, en las economías políticas posmodernas, no nos deja ver una salida clara.

## Las instituciones espaciales del capitalismo: el nuevo núcleo

Hasta ahora hemos discurrido, mirando un tipo ideal, en el lenguaje de una posmodernización distópica. En esta sección sostendremos que ese relato no se puede desechar, pero que es preciso modificarlo considerablemente. Pasa por alto, como veremos, que el fluir libre de sujetos y objetos en una escala global está determinado significativamente, y mediado, por un conjunto de instituciones muy específicas, las instituciones de «mando económico». Williamson sostuvo que las transacciones económicas en el capitalismo en general ocurren por la vía del «mercado», entre empresas, o en el interior de «jerarquías» o de grandes empresas burocráticas (1975). Más recientemente, otros analistas han investigado distintas instituciones de mando económico, como el Estado, los sindicatos y las comunidades y los mecanismos corporativos (Schmitter, 1988; Campbell, Hollingsworth y Lindberg, 1991). Se debe reparar además en que esas instituciones de mando económico son al mismo tiempo instituciones de mando espacial, y canalizan decisivamente la movilidad de personas, dinero, bienes e información.

En esta sección mostraremos primero que el tipo ideal empleado se debe corregir para contemplar la existencia de las instituciones de mando mencionadas; en segundo lugar, pasando al orden económico capitalista de la posorganización, rastreadremos los cambios modales de esa mediación institucional; y en tercer lugar, empezaremos a esbozar la naturaleza de un «núcleo» nuevo del orden capitalista de posorganización.

El antiguo núcleo fordista del capitalismo organizado se caracterizaba por un conjunto de redes de productores agrupados en torno del eje de la industria pesada, de las industrias metalmeccánica, química, eléctrica y del acero. Las funciones de finanzas, servicios y distribución estaban subordinadas a esta función productiva industrial o eran movilizadas por esta. Dos procesos han erosionado visiblemente este orden antiguo. El primero es la desintegración del núcleo anterior, en el que las funciones de finanzas, distribución, propiedad, servicios, e investigación y desarrollo conservaban